



Enzo Fantinati Caviedes

No es fácil hacer una semblanza de alguien como Enzo. Alguien podrá pensar que en cualquier caso escribir un bosquejo de una persona será siempre algo azaroso. Creo que eso es así, sobre todo en el caso de nuestro amigo que era una persona compleja, más aún, cuando fue, desde joven, un personaje especial.

Nacido en una familia de clase media, de padre de ascendencia italiana, con hermanos del primer y segundo matrimonio del progenitor, desde pequeño se distinguió por su extraordinaria creatividad e inquietudes varias, fijando su interés en el emprendimiento en vez de los estudios universitarios y en el deporte, especialmente el de dos ruedas, al que dedicó su vida y le dio satisfacciones que, al final, el destino cortó de raíz, como queriendo que terminara su existencia con el recuerdo de estar montando su bicicleta italiana con los mejores componentes del momento. Murió en su ley, moviendo sus piernas a ritmo, respirando los aires del campo de los alrededores

de su parcela, pensando siempre en los suyos, en su familia que adoraba, en su señora, hijos y nietos, en sus amigos.

Escribo estas líneas un 25 de diciembre previos a muchas fiestas que tuvimos en su casa en El Monte para celebrar un nuevo año. Él y Patricia, su mujer, eran anfitriones incansables, cariñosos. Para Enzo sus amigos eran algo cercano a lo sagrado. No distinguía al elegirlos la ideología, clase o cualquiera otra distinción que no fuera lo que le nacía del alma, de ese contacto misterioso y magnífico que es el nacimiento de la amistad verdadera. Puedo atestiguar por experiencia propia y no de oídas, esa facultad que nunca abandonó.

Pasó por la vida cantando, gozando, creando, buscando horizontes, incansable en ideas singulares que coronó con éxito al romper el *récord* mundial de la hora en pista en bicicleta en su categoría, cuando tenía 80 años. ¿No es eso algo exótico para cualquier sujeto normal que pise la tierra? Así era Enzo, nada lo detenía cuando un proyecto rondaba en su conciencia. Como emprendedor pasó de la producción de conejos, al cultivo de los olivos y de las paltas; de estos a la construcción y arriendo de viviendas o a la importación de bicicletas, de partes y piezas, todo en paralelo o alternativamente, según los buenos o malos resultados porque el balance era cosa menor comparativamente a la furia creadora porque, en el fondo, Enzo era un artista, “un italiano vero”.

Sabía formar equipo y rodearse de personas que le ayudaran a salir adelante con sus propuestas. Y era contagioso, como buen líder. Podía convencerte de las acciones más descabelladas. Él era así, también olvidadizo, distraído, dejaba cosas perdidas en cualquier parte porque su cabeza bullaba con sus exóticas obsesiones o tal vez pensando en el próximo panorama, porque no he conocido persona más buena para las fiestas.

Enzo fue el gran impulsor y animador del CCS. Su primer presidente con su flamante directiva y fundadores, que reconocieron desde temprano su liderazgo natural. Generoso, incansable conversador lleno de anécdotas porque había vivido intensamente. No tenía complejos para opinar y terminaba siempre con el micrófono en la mano para hablar o cantar. Era un seductor veneciano incomparable.

Nuestro Club nunca lo olvidará, como tampoco la gente del mundo del ciclismo nacional que alguna vez lo tuvo como presidente. Hay que mantener y renovar las distintas visiones que de él existen en libros, revistas, en conversaciones que muchos repiten y colorean en diversos escenarios y que hoy plasmamos en estas palabras de emocionado recuerdo. Todos debiéramos escribir alguna frase para mantenerlo en nuestro panteón. Enzo es y será un gran ejemplo para nuestra organización y para nuestras vidas.

Eduardo Trabucco